

LA EUCARISTÍA SANTA MISA

Jesús dijo: « Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre... el que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene una vida eterna... permanece en mi y yo en él » (Jn 6,51. 54.56).

La Eucaristía es el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia.

La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, obra que se hace presente por la acción litúrgica. Es Cristo mismo, quien por el ministerio de los sacerdotes, ofrece el sacrificio eucarístico . Sólo los presbíteros válidamente ordenados pueden presidir la Eucaristía y consagrar el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Los signos esenciales de este sacramento son el pan de trigo y el vino de vid, sobre los cuales es invocada la bendición del Espíritu Santo y el presbítero pronuncia las palabras de la consagración dichas por Jesús en la última Cena: « **Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros... Este es el Cáliz de mi Sangre...**»

Por la consagración se realiza la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

En cuanto al sacrificio, la Eucaristía es ofrecida también en reparación de los pecados de los vivos y de los difuntos, y para obtener de Dios beneficios espirituales o temporales.

El que quiere recibir a Cristo en la Comunión Eucarística debe hallarse en estado de gracia. Si uno tiene conciencia de haber pecado mortalmente no debe acercarse a la Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el Sacramento de la Penitencia.

La Iglesia recomienda vivamente a los fieles que reciban la sagrada comunión cada vez que participan en la celebración de la Eucaristía; y les impone la obligación de hacerlo al menos una vez al año.

LA EUCARISTÍA SANTA MISA

Jesús dijo: « Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre... el que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene una vida eterna... permanece en mi y yo en él » (Jn 6,51. 54.56).

La Eucaristía es el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia.

La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, obra que se hace presente por la acción litúrgica. Es Cristo mismo, quien por el ministerio de los sacerdotes, ofrece el sacrificio eucarístico . Sólo los presbíteros válidamente ordenados pueden presidir la Eucaristía y consagrar el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Los signos esenciales de este sacramento son el pan de trigo y el vino de vid, sobre los cuales es invocada la bendición del Espíritu Santo y el presbítero pronuncia las palabras de la consagración dichas por Jesús en la última Cena: « **Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros... Este es el Cáliz de mi Sangre...**»

Por la consagración se realiza la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

En cuanto al sacrificio, la Eucaristía es ofrecida también en reparación de los pecados de los vivos y de los difuntos, y para obtener de Dios beneficios espirituales o temporales.

El que quiere recibir a Cristo en la Comunión Eucarística debe hallarse en estado de gracia. Si uno tiene conciencia de haber pecado mortalmente no debe acercarse a la Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el Sacramento de la Penitencia.

La Iglesia recomienda vivamente a los fieles que reciban la sagrada comunión cada vez que participan en la celebración de la Eucaristía; y les impone la obligación de hacerlo al menos una vez al año.

Puesto que Cristo mismo está presente en el Sacramento del Altar, es preciso adorarlo con culto de adoración. «La visita al Santísimo Sacramento es una prueba de gratitud, un signo de amor y un deber de adoración hacia Cristo, nuestro Señor». Cristo, que pasó de este mundo al Padre, nos da en la Eucaristía la prenda de la gloria que tendremos junto a El.

¿Hay obligación de ir a Misa todos los domingos?

En la actualidad muchos católicos sinceros se cuestionan sobre "la obligación de ir a Misa los domingos". No creen que la Misa dominical deba convertirse en una obligación. Y tienen una buena parte de razón porque con demasiada frecuencia se presenta el cristianismo como una serie de obligaciones.

Además, las virtudes que se practican solo por obligación, se convierten poco a poco en simples fachadas engañosas ya que falta la aceptación profunda del corazón. Por otra parte, las palabras obligación y deber nos suenan mal: no nos señalan un ideal, sino que nos ponen algo desde fuera. Y esto se siente pesado. Resulta una carga.

Pero cuando la fe es viva, no hace falta hablar de una obligación, dominical. **Quien ama a Cristo**, -no puede dejar de responder a su invitación- **necesita la Misa**.

Lo mismo sucede cuando el amor que se tienen los esposos es algo vivo: es inútil llamar -como se hacía en épocas anteriores- a las relaciones íntimas deber conyugal. El amor conyugal busca expresarse y crecer por medio de las actitudes y las palabras.

Los Domingos -el Día del Señor- Cristo nos convoca a un encuentro con el para que vivamos su Pascua. El encuentro es la Eucaristía. De ahí la obligación. Para un cristiano, la Misa dominical es una exigencia vital. Por eso, a la pregunta: ¿Hay obligación de ir a Misa todos los domingos?, respondemos que si hay obligación, a menos que haya algún impedimento real (falta de salud, necesidad de cuidar bebés, dificultad de desplazarse hasta el templo más cercano...)

Para que se conserve y crezca, la vida cristiana, recibida en el bautismo, se necesita escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica. Se necesita la oración, personal y comunitaria y el encuentro dominical con los hermanos.

Puesto que Cristo mismo está presente en el Sacramento del Altar, es preciso adorarlo con culto de adoración. «La visita al Santísimo Sacramento es una prueba de gratitud, un signo de amor y un deber de adoración hacia Cristo, nuestro Señor». Cristo, que pasó de este mundo al Padre, nos da en la Eucaristía la prenda de la gloria que tendremos junto a El.

¿Hay obligación de ir a Misa todos los domingos?

En la actualidad muchos católicos sinceros se cuestionan sobre "la obligación de ir a Misa los domingos". No creen que la Misa dominical deba convertirse en una obligación. Y tienen una buena parte de razón porque con demasiada frecuencia se presenta el cristianismo como una serie de obligaciones.

Además, las virtudes que se practican solo por obligación, se convierten poco a poco en simples fachadas engañosas ya que falta la aceptación profunda del corazón. Por otra parte, las palabras obligación y deber nos suenan mal: no nos señalan un ideal, sino que nos ponen algo desde fuera. Y esto se siente pesado. Resulta una carga.

Pero cuando la fe es viva, no hace falta hablar de una obligación, dominical. **Quien ama a Cristo**, -no puede dejar de responder a su invitación- **necesita la Misa**.

Lo mismo sucede cuando el amor que se tienen los esposos es algo vivo: es inútil llamar -como se hacía en épocas anteriores- a las relaciones íntimas deber conyugal. El amor conyugal busca expresarse y crecer por medio de las actitudes y las palabras.

Los Domingos -el Día del Señor- Cristo nos convoca a un encuentro con el para que vivamos su Pascua. El encuentro es la Eucaristía. De ahí la obligación. Para un cristiano, la Misa dominical es una exigencia vital. Por eso, a la pregunta: ¿Hay obligación de ir a Misa todos los domingos?, respondemos que si hay obligación, a menos que haya algún impedimento real (falta de salud, necesidad de cuidar bebés, dificultad de desplazarse hasta el templo más cercano...)

Para que se conserve y crezca, la vida cristiana, recibida en el bautismo, se necesita escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica. Se necesita la oración, personal y comunitaria y el encuentro dominical con los hermanos.